

# MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

---

## VIREYES DE MALLORCA.

---

VENIDA DEL ILMO. SR. D. JUAN VILARAGUT.

Con su Ilma. Sra. la Vireina, su hijo D. Alonso, casado con D<sup>a</sup>. Jerónima de Castelló, otros hijos menores, domésticos y sirvientes, por causa de mal tiempo tomó puerto en la cala de Santa Ponza, y en las casas de esta hacienda descansó aquella noche. La mañana siguiente, 4 de noviembre de 1606 se dirigió con su familia y servidumbre al castillo de Bellver, donde permaneció todo el día, y teniendo de ello noticia los Jurados le mandaron los cuatro caballeros embajadores que fueron:

EL SR. NICOLÁS BERGA.

EL SR. GUILLERMO DEZCALLAR.

EL SR. PEDRO GUAL.

EL SR. MIGUEL ANGLADA.

Después de darle la bienvenida en nombre de la Universidad, pidiéronle los reales despachos como es uso y costumbre, á lo que contestó S. Sría: que besaba las manos á Sus Magnificencias; pero que no podía entregarles entónces sus credenciales, por haberlas traído en una archimesa que

venía detrás con el resto del equipaje, y que tan pronto como las tendría en su poder se las remitiría por medio de su secretario. Replicaron los caballeros que no se estilaba entregar así los privilegios de S. M., que ellos volverían para recibirlos de sus propias manos cuando lo tuviese á bien S. Sría. Convinieron además en que D. Juan aquella misma noche pasaría secretamente al palacio real, donde tratarían del modo de hacer su pública y solemne entrada.

El día siguiente, que era domingo, fueron allá los cuatro caballeros, recibieron los privilegios originales, los llevaron á la Sala para someterlos al exámen de los magníficos Jurados, á presencia de los abogados de la casa y de un gran número de individuos de la nobleza, y regresaron á palacio para decir al virey electo que estaban corrientes, y los Jurados prontos y dispuestos á darle pacífica posesion de este reino en cumplimiento de las órdenes de S. M. Contestóles dicho señor que ántes de hacer su pública entrada deseaba hablar privadamente con los Jurados, y sabiéndolo estos fueron en coche á verle, y despues de darle la bienvenida y de un largo rato de conversacion conocieron el objeto para qué habían sido llamados. El designio de D. Juan era que la vireina, sus hijas y nuera participasen oficialmente de aquella solemnidad; pero como los Jurados ninguna noticia tenían, ni había memoria de tal proceder, siendo tantas las recepciones de vireyes que se habían verificado, no se atrevieron á dar su asentimiento á tal innovacion sin prévia consulta con los abogados de la casa y los caballeros que solían asistir en semejantes ocasiones. Celebróse la consulta en la Sala, y se convino en que el presente reino nada perdería de su reputacion y autoridad cediendo á las indicaciones de D. Juan, y tributando toda la honra posible á sus hijos y señora.

A consecuencia de este acuerdo se formó una vistosa cabalgata de toda la nobleza con el *Magistrado*, es decir, los Jurados con los oficiales reales y universales. Salieron al encuentro á su Su Sría., que bajó del castillo de Bellver donde había permanecido dos días, y recibiéronle delante del rafal de M<sup>o</sup>. Jaime Togores, *olim* de M<sup>o</sup>. Dureta. Entre

los dos Jurados mayores se colocó el virey, y la carroza de la vireina con su nuera é hijos menores entre el Regente y el Jurado Gabriel Llull, luego el hijo mayor D. Alonso entre el Baile y el Jurado Antonio Cifre, siguiendo por su órden los demas de la comitiva. Llegada á la cruz delante de las *Sitjes*, dispararon todos los bastiones de la parte del mar haciendo una solemnísimá salva de artillería, lo mismo que las dos compañías de los doscientos apostadas junto al convento de Santa Catalina. Al penetrar en el valle del bastion llamado de la cruz, saludóles la arcabucería situada en su parapeto, y juntamente el bastion fronterero á dicho valle, llamado *d' en Moranta*, con muchos *versos* y piezas de artillería, y despues toda la arcabucería, que estaba allí con muy gentil órden situada. Produjo esto muy buen efecto, y de este modo á puesta de sol entraron en la ciudad.

Pasó la cabalgata por el Borne, y Pedro Coll tuvo preparada una solemnísimá salva de morteretes (*mascles*) y cohetes, que como era ya de noche parecía aquello un incendio y á todos dió mucho contento. Desde aquí tomando por el Borne arriba, por el puente llamado antiguamente *d' en Morlá*, por delante de la iglesia de San Nicolás, entró en la calle *d' els Verins* y pasando por delante de la puerta mayor de la iglesia de Santo Domingo, subió á la plaza de *Cort*, y de Cort por la calle *dels Brodadors* se dirigió á la Catedral, donde prestó D. Juan su juramento, y leídos en alta voz los poderes que le había conferido S. M. juró los privilegios y franquezas del presente reino, con gran contentamiento del pueblo allí reunido. A su salida encontró á la vireina que en su carroza le estaba aguardando acompañada de muchos caballeros, y juntos entraron en palacio: al pié de la escalera el Jurado *en cap* y el de ciudadanos tomaron por la mano á la vireina y llevándola en medio subieron á las habitaciones, haciendo lo mismo con la nuera Llull y el Regente, y con D. Alonso el Baile y Cifre. Allí con gran satisfaccion del pueblo dejaron al nuevo virey, á quien Ntro. Sr. Dios deje gobernar por muchos años, para gloria suya y de S. M. y quietud de este reino. Amen.

A 4 de setiembre de 1610 el Ilmo. Sr. D. Juan Vilaragut salió á visitar los pueblos rurales de la isla. Un día ántes hizo pasar recado á Sus Magnificencias por si tenían que mandarle alguna cosa, y en seguida los Jurados se reunieron y acordaron que dos de ellos fuesen á besarle las manos, y expresarle, de parte de toda la corporacion, el vivo deseo de que Dios le concediese *molt bona partença*.

Regresó de su visita el 12 de octubre, habiéndolo escrito el día anterior á los Jurados, haciéndoles saber que iría á comer en el rafal del Sr. Jaime Rossinyol, y que allí podrían decirle lo que debía hacerse para su entrada en la ciudad. Los Jurados me enviaron á mí, escribe Pedro Onofre Salvá, y á M<sup>o</sup>. Jerónimo Costa, hijo del que era entónces notario de la Universidad, á darle la bienvenida y pedirle la hora en que entraría. Dada cuenta á los Jurados y llegada la hora oportuna, montaron estos á caballo, no con gramallas sino con xias, y no pararon hasta la torre *d' en Valero*. Habíame adelantado yo para dar aviso á Su Señoría de que Sus Magnificencias venían, D. Juan montó en seguida á caballo y juntos entraron por la puerta Pintada, donde se hallaban dispuestas y en orden las compañías de los doscientos, á cada una de las cuales había distribuido la Universidad 50 libras de pólvora. El bastion del Sitjar disparó dos piezas, otras dos y doce morteretes el bastion de Zanoguera, lo mismo que el de la puerta Pintada.

#### ENTIERRO DE D. JUAN VILARAGUT.

Por no haber hallado en los apuntes de Pedro Onofre Salvá consignado el fin de su vireinato, extractamos del *Noticiario* de Fee los siguientes, relativos á su entierro. El viérnes 24 de diciembre de 1610, á eso de las ocho y media de la mañana empezaron en la Catedral las horas canónicas, y siguió el oficio de vigilia de Navidad, que dijeron canónigos *ut moris est*. Luego de concluido, el clero y los canónigos, sin que les precediera la cruz, y sin más capas que las del *precentor*, del *subcentor* y de los cuatro

*primicerios*, que iban con sus bordones, saliendo por la puerta mayor y rezando el *Miserere* en voz baja se dirigieron al real castillo, subieron al aposento en que estaba el cadáver del virey, vestido como religioso con el hábito de S. Francisco y la cara descubierta, sobre un túmulo entoldado de bayeta negra y rodeado de numerosas antorchas de cera blanca y de cirios encendidos. Empezaron la *absòlta*, y el dean Zaforteza con estola y en trage de coro y sin pluvial, rezada la oracion dijo: *Requiem æternam, etc.* respondió la música *Et lux perpetua*, los seis bordones entonaron el *Requiescat in pace*, y la música contestó: *Amen.*

Regresaron á la catedral, y en seguida salieron de ella por la puerta de mar todas las cruces, y por su órden los religiosos de los conventos, el clero de las parroquias y el de la catedral. Entraron en el patio del real castillo, subieron cuatro canónigos y diez capellanes, á quienes correspondía llevar el cadáver, con sus cirios encendidos, y bajado aquel del túmulo depositáronlo en una caja muy rica, á manera de sepulcro, aforrada por dentro y fuera de terciopelo negro, con una cruz de raso carmesí encima y toda la clavazon dorada. Colocaron esta caja sobre *lo llit de nostra Senyora*, que estaba adornado con un paño de terciopelo negro, y las armas de Vilaragut pintadas, y bajáronla algunos caballeros y la llevaron en hombros durante el curso de la procesion, que fué el mismo que sigue la de Santa Prajedes. Detrás del cadáver iba todo el Magistrado con D. Alonso, hijo del difunto, al lado del Lugarteniente de virey, D. Pedro Ramon Zaforteza, quien como Procurador real el día anterior había jurado su cargo. Seguían muchos caballeros, y luego los domésticos y sirvientes del finado con sus capuces y birretes de luto.

En medio de la catedral estaba aparejado un gran catafalco, iluminado por multitud de cirios y hachas de cera blanca, y colocado arriba el cadáver, el Ilmo. Sr. D. Fray Simon Bauzá, obispo de Mallorca, se revistió de pontifical, empezó el oficio de *Requiem* con música, haciéndole de diácono el canónigo Verí, y el canónigo Enseñat de subdiácono,

y en el ofertorio predicó el P. Ribas, Visitador del convento de dominicos. Terminado el oficio y los responsos, los seis bordones entonaron el *Miserere*, y cantándolo con música, volvió á salir la procesion por la puerta del mar, llevando el cadáver á la iglesia de Santa Ana del real castillo, donde quedó depositado por haberlo así dispuesto en vida. Despues de la antífona *In paradisum* dijo la oracion el señor obispo, y todo el clero rezando el *Miserere* se volvió á la catedral, para cuya sacristia fueron las antorchas en número de cuarenta y ocho.

#### LLEGADA DEL ILMO. SR. D. CÁRLOS COLOMA.

Tomó puerto en este de Mallorca el viérnes 2 de setiembre de 1611, viniendo en una galera titulada *La Patrona de Barcelona*, que apareció por la parte de poniente á cosa de las once de la mañana. Escoltábanla tres fragatas de Mallorca que habían salido de aquí con el objeto de traer al Ilmo. Sr. virey, quien vino acompañado de su señora, seis hijos de menor edad y numerosa servidumbre. Al divisarse la galera junto al cabo *Noray*, se dirigieron hácia ella, en un buque aderezado con alfombras y cojines de terciopelo, los cuatro embajadores de los Jurados, á saber:

EL SR. MÁRCOS ANTONIO COTONER.

EL SR. JAIME ROSSINYOL.

EL SR. JORGE SUREDA DE CAUBET.

EL SR. D. PEDRO BERARD.

Pero ántes de embarcarse estos señores, hallábase en la galera D. Mateo Net, y se le ocurrió proponer á Su Señoría que le entregase los privilegios de S. M. y él los presentaría á los Jurados para su correspondiente exámen. Don Carlos que había sufrido las incomodidades del mareo y lamentaba las de su señora é hijos, sentía un vivo deseo de desembarcar pronto y jurar en seguida, y creyendo sin duda que se le dispensarían las formalidades de estilo puso en manos de D. Mateo sus credenciales, y le encargó que

fuese de su parte á cumplimentar á Sus Magnificencias y les dijese que él se disponía saltar de la galera, que entraría privadamente en la ciudad con su señora y familia, se detendría en la Lonja, y desde allí, verificada la solemne recepcion, le acompañarían á la catedral. Los Jurados empero no consintieron en esta derogacion de la antigua costumbre y contestaron á D. Mateo, que devolviese los privilegios á Su Ilma., que estos no se confían á manos de particulares, sino á los embajadores nombrados por la Ciudad, quienes irían á la galera á recibirlos. Y así se efectuó. Los cuatro caballeros los trajeron á la Sala donde fueron examinados por Sus Magnificencias y los abogados de la casa, que eran D. Francisco Sunyer y Micer Moranta, y visto que estaban corrientes regresaron á la galera para entregarlos á Su Ilma. y decirle que los Jurados estaban prontos y dispuestos á obedecer las órdenes de S. M. Entretanto que desembarcaba el virey, las fragatas disparaban su artillería y le saludaban la tierra y las compañías situadas en la plaza del muelle: los Jurados con sus trompetas delante se dirigieron á la iglesia de San Juan, aguardaron un rato y pasaron luego á la Lonja, donde el virey había llegado en coche, y de allí le acompañaron á la catedral, yendo todos á pié, seguidos de la vireina en un coche con muchas damas de Mallorca, y otros con los niños y demas familia. Tomaron por la calle de San Juan, por delante de la casa de D. Juan Bautista Despuig y por la calle de San Felio. Desembocando en el Borne, Pedro Coll hizo una gran salva de arcabucería, cohetes y otros fuegos artificiales, y siguiendo la carrera ya descrita llegaron á la catedral, donde los ministriles, que habían estado tocando en el bastion del muelle al desembarcar el virey, volvieron á tocar en el púlpito mayor de piedra cuando hubo jurado. Dejaronle despues Sus Magnificencias en el real castillo, y el día siguiente que era sábado, fueron despues de visperas á hacerle la visita de cumplimiento acompañadas de una multitud de caballeros á quienes habían convidado con este objeto. Nuestro Señor le deje estar y gobernar su triennio, y tanto tiempo como será servido.

## PARTIDA DEL VIREY D. CÁRLOS COLOMA.

El día 7 de marzo de 1617 muy de mañana, por medio de M<sup>o</sup>. Gerónimo Xavarrí, anunció á Sus Magnificencias que había resuelto embarcarse ántes de medio día y por lo mismo les rogaba que adelantasen la hora de su comida. Cuando estuvo á punto Su Sría. Ilma. llegaron los Jurados, revestidos con sus gramallas, al castillo real, subieron arriba, tomáronle en medio de los dos mayores, y seguidos de los demas, de los oficiales reales y universales, del Regente D. José Dezmur y de una gran multitud de caballeros, se encaminaron al muelle, donde estaban ya dispuestas dos galeras que pocos días ántes habían venido para llevarle al continente. La principal tenía vuelta la popa á tierra, y miéntras subía á ella hicieron salva todos los bastiones y las dos compañías de los doscientos situadas en la muralla del muelle, y las galeras mezclaron el estruendo de sus tiros con los acentos de la música que en ellas resonaba. Quedáronse en tierra los Jurados aguardando la venida de la vireina; pero D. Cárllos salió á la popa de la galera, y les dijo, que bien podían regresar á la ciudad, pues la Sra. vireina aun tardaría. Así lo efectuaron. Los dos mayores tomaron en medio al Regente Desmur, con la misma comitiva se dirigieron á la catedral, y jurado que hubo el cargo de Lugarteniente general interino, por ausencia del Procurador real, y los privilegios y franquenzas de la isla, sobre el libro que de la Sala trajo un leonado, el notario M<sup>o</sup>. Ferro leyóle un monitorio de parte de Su Reverendísima el señor obispo: luego se encaminaron todos al castillo real, y teniendo noticia de que todavía se hallaba en él la vireina, subieron á despedirla, y despues acompañaron al nuevo Lugarteniente hasta el pié de la escalera de su casa. El día siguiente despues de comer y declinando ya la tarde, le hicieron la acostumbrada visita.

TOMÁS AGUILÓ

*(Se continuará.)*



## LAS BELLAS LETRAS

Y

## LAS BELLAS ARTES EN LA ÉPOCA PRESENTE.

Creemos enriquecer nuestras columnas insertando el discurso que nuestro amigo el poeta y publicista D. Teodoro Llorente leyó con este título en la inauguración del curso actual del Ateneo de Valencia. La exactitud y sensatez de las doctrinas que contiene compiten con la lucidez de su exposición, y su lectura no podrá menos de causar un saludable efecto en cuantos conserven amor á las investigaciones de lo bello y á los progresos de las letras y artes. ¡Felices los valencianos que conservan un Ateneo, en que tales asuntos se discuten!

SEÑORES: Recomienda la modestia y exige la cortesía que el que este lugar ocupa, por grandes que fueren sus merecimientos, se muestre sorprendido, al par que honrado por tan lisongera distinción. Si á este deber creyéronse tenidos los distinguidísimos sócios que me precedieron, ¿qué he de decir yo? Honrado, me considero tanto, que más no pudiera serlo, y en cuanto á mi sorpresa, no tuviera límite, si presumiera que por mis condiciones personales me habeis llamado á esta tribuna. No fué así, indudablemente: el año pasado, persona competentísima os trazaba en este día, á grandes rasgos, los prodigiosos adelantos de las ciencias; el año anterior, un pensador profundo señalaba los principales lineamientos de la moral social, en su aplicación á nuestros días. El uno rendía culto á la idea de Verdad; el otro al principio del Bien, y para proseguir en algun modo su obra, habeis querido que fuese consagrado este año el discurso inaugural á las Letras y las Artes,

que reciben el comun apelativo en Bellas, porque espresan la Hermosura, completando de este modo, en la esfera de la actividad humana, la soberana trinidad de sus altos fines. Y como contais con una brillantísima Seccion de literatura, habeis vuelto á ella los ojos, y habeis pedido á su presidente que os hable en su nombre. ¡Lástima grande que aquella Seccion no se encuentre en este caso mejor representada! Tengo que llevar su voz, y no me queda más arbitrio que inspirarme en el sentimiento de los poetas y de los artistas del Ateneo, para llamar vuestra atencion, brevísimos momentos, sobre el estado de las Bellas Letras y las Bellas Artes en la época presente, y acerca del rumbo que deben seguir.

La primera cuestion que se me presenta, es esta: el siglo XIX, *este siglo que llaman positivo*, segun decia Espronceda, hace ya cerca de cuarenta años, ¿es tan refractario al sentimiento de lo bello como suponen los que aquel dictado le dieron? ¿Tienen razon los que, lamentando el apagamiento de todos los generosos ideales de la humanidad, incluyen á la Poesía y al Arte entre los *dioses que se van*?

Tengo para mí, señores, que por más que cambien con los tiempos las ideas y las creencias del hombre, sus aficiones y gustos, el fondo íntimo del sentimiento humano, es y ha de ser siempre el mismo. El Arte y la Poesía, respondiendo á la aspiracion ingénita de la Belleza, no pueden extinguirse en la humanidad: tomarán diversas formas, responderán más ó ménos en sus manifestaciones circunstanciales á aquella genial aspiracion, y escitarán por ende emocion más ó ménos profunda en el sentimiento general; pero este sentimiento estará siempre vivo, como una lira de eternas cuerdas, que solo espera, para dar al aire sus notas, la mano que ha de pulsarla. No hay temor, pues, de que se embote en nuestra alma el sentido de lo bello: el artista y el poeta hacen mal en acusar á su siglo; suya es la culpa si no saben hablarle al corazon.

Pero acaso, concediendo que el sentimiento poético y artístico, (que en el fondo es uno mismo,) exista en estado

latente en la humanidad de nuestros días, dirán los que vuelvan los ojos con amor á lo pasado, que el tráfago de la vida moderna, su actividad febricitante, el industrialismo, la política, todo eso que agita á las actuales generaciones, las aparta y distrae del culto apacible y sereno de lo Bello. ¿Es esto cierto? Basta abrir los ojos y ver lo que en nuestros tiempos pasa, para negarlo. Tan estimados como ahora pueden haber sido en otras épocas el Arte y la Poesía; más, no. ¿Cuándo han encontrado reparacion, más que en nuestros días, las injusticias de los siglos? ¿Cuándo han sido honrados, como lo son actualmente, los génius que en esa esfera superior ilustran á las naciones, y que quizás sus contemporáneos miraron con desden? Cada país los considera como su mejor timbre de gloria y les consagra periódicas conmemoraciones, estátuas y monumentos. A cada paso nos dá noticia la prensa de esas entusiastas demostraciones; ya es Florencia, que eleva una estátua al Dante; ó Aviñon, que conmemora el centenario del Petrarca; ó Palermo, que recibe triunfalmente las cenizas de Bellini; ó Inglaterra, que erige un monumento á lord Byron; ó los Países Bajos, que celebran la fiesta de Rubens, y no acabaría esta relacion de hechos del día si llamara en mi auxilio la memoria. Y en nuestra misma España, ¿no es una halagüeña novedad el reciente y cada año más extendido homenaje que rendimos á la memoria de Cervantes? ¿No es grato ver que cada día rodea mayor respeto á los cultivadores de las Letras y las Artes, y que el duelo público solemnemente espresado, cierra la tumba del que logró distinguirse? Toda España ha vestido luto al morir Breton de los Herreros y Rosales; hoy mismo, suenan por todas partes los ecos dolorosos que despiden al pobre Narciso Serra.

En nuestra época de combate, de apasionamientos y de ódios, solo hay unanimidad para honrar al génio que descubre la Verdad ó espresa la Belleza. Víctor Hugo, político, filósofo, utopista, glorificado por unos, es por otros sañudamente combatido: Víctor Hugo, poeta, es la gloria de la Francia y de la Europa. En nuestra revuelta España, llega,

en el hervor de las últimas luchas, un errante trovador, que vá cantando las antiguallas de la historia y la tradicion, y ese hombre, sin poder, sin riquezas, ese hombre que no es ni quiere ser nada más que poeta, es aplaudido y admirado por todos, y corre su nombre de boca en boca, con la profunda resonancia que asegura la inmortalidad. ¿Qué más? Un pensador profundo y valiente, de pocos conocido, revélase de pronto, con un relámpago deslumbrador de elocuencia y de génio, en el momento más crítico de la última revolucion: el flamante filósofo, llega enseguida á la meta de la ambicion española (permitidme la frase) y ahí teneis al modesto ingeniero hecho ministro. ¿Podía subir más alto? Sí, bajando del poder, y dedicándose á escribir comedias. Echegaray aparece en el teatro con sus dramas sorprendentes, y desde ese momento, para todo el mundo es y será, ántes que todo y sobre todo, el autor de *Locura ó Santidad*. «¡Lástima que el Sr. Ayala sea hombre político!» decía estos días un periódico, al anunciar un nuevo drama de este gran poeta, y en cierto sentido tenía razon; porque ¿qué significa ser ministro de la corona ó Presidente del Congreso de Diputados, qué vale el gobierno de una nacion al lado del *Tanto por ciento*?

Y lo mismo que digo de los poetas he de decir de los artistas, y añadiré que estos, por el camino de la gloria, suelen encontrar con más frecuencia que aquellos, la fortuna. Bastantes son los que pudieran repetir hoy la frase de nuestro Españoletto: «no necesito, para hacer oro, más alquimia que mis pinceles.» ¿Y qué valían los contados escudos que aquellos pintores recibían por sus sublimes concepciones, al lado del raudal de oro que hoy se arroja á los pies de un Meissonier? Consideracion y fortuna, respeto y aplausos, popularidad en vida, y aun mayor gloria en la muerte, todo lo han conquistado en este siglo, calificado de egoista y prosáico, novelistas como Alejandro Dumas, poetas como Lamartine, pintores como Fortuny, músicos como Rossini; y si grandes desdichas amargaron la vida de algunos de esos hombres superiores, no hagamos responsables de ellas á nuestra época: la condicion del génio

es agena y quizás contraria á la mundana felicidad; la historia del poeta y del artista, en todos los tiempos, es la historia de una lucha fatal entre aspiraciones imposibles y mezquinas realidades.

Por otra parte, no es la mayor ó menor parte en el salario del trabajo humano lo que constituye el fomento de las Artes y las Letras: es el calor que el sentimiento público dá á sus creaciones, y hoy no falta ese calor á los alumnos de las Musas. El poeta lírico mira renovados por todas partes los antiguos certámenes de la Gaya Ciencia y recibe de las manos de las damas la ambicionada flor, emblema de sus dulces triunfos; el autor dramático vé erigirse cada día nuevos templos al Númen caprichoso de la escena; el novelista pasar sus libros de mano en mano, en las ciudades y las aldeas, en los palacios y las chozas, y un público ansioso é insaciable le pide que anime con el fuego de su fantasía, que embellezca, que idealice todo lo que entra en la esfera humana, desde las interioridades de la vida individual hasta las catástrofes de los imperios, desde los sentimientos más íntimos del corazón hasta los problemas más abstrusos de la ciencia, desde lo que pasa dentro de nuestra casa hasta lo que puede pasar en los planetas más remotos. Esta voga que la novela obtiene ¿no es prueba incontestable del anhelo poético que late en el fondo de la sociedad moderna?

¿Y qué os diré del gusto, cada vez más extendido por las artes, que no lo tengais presente? Eran ántes las preciosidades artísticas joyas encerradas en palacios, templos y museos, de las que pocos podían disfrutar; hoy se ha popularizado el arte y todos gozan de él. Los frecuentes concursos y esposiciones sirven al par de estímulo y escuela al artista, y de enseñanza y grato atractivo al público; la fotografía, los nuevos procedimientos de grabado, la cromolitografía, reproducen y divulgan las obras de las artes gráficas, como la imprenta generalizó las del pensamiento; y las publicaciones *ilustradas* llevan á los más modestos hogares los modelos de la belleza artística, educando y afinando el gusto en todas partes.

Y bien se nota esa depuración del gusto hasta en los menores detalles de la vida vulgar. Para satisfacerlo, las artes industriales tienen que inspirarse en la antes mal apreciada belleza; trajes, joyas, muebles, desde el modesto decorado del hogar humilde hasta los esplendores del lujo en los suntuosos alcázares, todo vá tomando cada vez un tinte más artístico: ya no bastan el oro y los diamantes, la seda y el brocado para la ostentación del poderoso; es preciso que el arte lo depure y enaltezca todo con sus primores.

Ved, por otra parte, cómo el sentimiento, mejor educado, de la belleza, inspira cada día mayor admiración y amor á los monumentos artísticos, á los restos gloriosos de otras edades, á todo lo que habla á la imaginación y al alma. Ya no es posible hoy el vandalismo de épocas que, creyéndose muy cultas, destruían ó profanaban las maravillas del arte, mutilando ó pintarrajeando las góticas catedrales, por ejemplo, ó echando abajo buena parte de la Alhambra para levantar sobre sus ruinas nuevos palacios. Hoy un respeto casi religioso convoca á la humanidad para admirar los restos de las pasadas civilizaciones: la arqueología es una pasión de muchísimos sábios, y los que de tales no presúmen, rinden, sin embargo, homenaje á esas agradables aficiones. Hace cien años, solo algun erudito, no comprendido por el vulgo, hubiese hecho un viage á Toledo ó Tarragona para visitar sus monumentos; hoy ninguna persona de mediano gusto dejaría de hacer, con gran complacencia, esa visita.

Otra indicación, y concluyo estas someras observaciones sobre el carácter de nuestra época: ¿Cuándo ha estado más desarrollado en el alma humana el sentimiento de la naturaleza? La poesía y el arte han encontrado en ese sentimiento nuevos encantos, y la vida real halla también en él dulcísimos atractivos. La amenidad del campo, la alegría del jardín, la severa magestad del bosque y la montaña, son en mi concepto, mejor sentidas en nuestros días, no ya por las almas delicadas, sensibles en todo tiempo á sus dulzuras, sino por la mayoría de las gentes. Un pintoresco

*chateau* en el seno de frondoso parque, ó una modesta alquería entre media docena de árboles, es un ideal que ha entrado ya en la corriente de la moda universal; y los cuadros apacibles de la naturaleza parecen, más que nunca, lenitivo necesario para la humanidad, fatigada del rudo combate de la vida. La belleza al lado siempre de la utilidad; los ideales de la poesía, coronando siempre los mejoramientos de la vida práctica: esa es la aspiración y la necesidad de nuestro siglo. Mirad su emblema en las gigantescas Esposiciones universales, que son la más completa manifestación de su portentosa vitalidad: en ellas el arte completa la obra de la industria; la arquitectura encorba sus caprichosos contornos ó eleva al cielo sus atrevidos perfiles, para dar digno dosel á los útiles productos del trabajo manual; la jardinería agrupa su arboleda ornamental ó desparrama sus flores, para envolver los alcázares de la industria, y entre ellos sobresale siempre, como último y máspreciado templo de la humana actividad, el santuario de la Belleza, donde el artista exhibe sus cuadros, sus estatuas, sus obras inmortales, que permanecen vivas en la memoria de cuantos las admiraron, cuando vá borrando y desvaneciéndose el confuso recuerdo de todo lo demás.

¿Le será fácil, pues, al poeta y al artista espresar la belleza en esta época tan dispuesta á gustar sus encantos? Esta pregunta me arroja de lleno en la segunda parte del discurso que con flojo hilvan ante vosotros voy zurciendo. La aspiración poética es vivísima en nuestros tiempos, y sin embargo es muy difícil corresponder á ella. ¿Por qué? Porque los ideales de las presentes generaciones no están bien determinados, porque en esta época de dudas, de luchas y de transición falta una fé comun, porque las creencias son diversas y contrarias, y muchos no saben lo que creen. Los grandes periodos literarios y artísticos han sido aquellos en que un sentimiento comun, enalteciendo á un pueblo, ha permitido que el génio se apoderase de él y espresase con vigoroso concepto la idea general: así ha creado la poesía la Iliada y la Divina Comedia, la arquitec-

tura, los templos índicos ó las cristianas catedrales, la escultura, los dioses olímpicos ó las imágenes católicas, la pintura, los mártires de Ribera y las Concepciones de Murillo. Amortiguada hoy la fé religiosa, borrándose las tradiciones patrias ante la invasion del cosmopolitismo igualitario, puestos en tela de juicio todos los principios del orden moral, el poeta y el artista no saben donde inspirarse, y se limitan á reproducir la belleza real, subordinando su ingénio á su material sentido, ó se pierden quizás en confusas lucubraciones, al esforzarse en separar las sombras que envuelven la mente humana, para descubrir nueva luz en el término de sus aspiraciones indistintas.

Nacen de aquí, á mi entender, los dos pecados capitales de la literatura y el arte en nuestros días, el *Realismo* y el *Romanticismo*, que entendidos como escesivas y viciosas tendencias, son los polos opuestos del mal gusto contemporáneo.

El movimiento romántico que imprimió su direccion vigorosa á nuestro siglo, tuvo indisputable grandeza y verdadera legitimidad. Era una reaccion natural contra el apocamiento de un clasicismo convencional, era el despertar brioso del espíritu moderno, que rompía el estrecho molde de una escuela amanerada. Dió á la poesía un sentido más íntimo, al juicio artístico más amplitud y profundidad. Pero ya llevaba en su nacimiento el gérmen de su defecto capital, la exageracion, el atropello de toda regla y conveniencia, el amor de lo paradójico, de lo escepcional, la rehabilitacion imposible de lo feo y de lo absurdo. La exageracion, base de esa tendencia, es la falsedad, y la falsedad está reñida con la belleza: sobre todos los preceptos del arte brillará siempre el axioma de Boileau: *rien n'est beau que le vrai*. La ampulosidad y la hinchazon en la forma; lo falso y lo inmoral en el fondo, son la consecuencia de la falta de esos ideales puros y legítimos que la fé engendra y poetiza, y que se apagan ó desfiguran en las épocas de descreimiento.

El Romanticismo, de esta manera entendido, es causa de grandes extravíos en las artes y las letras: él ha puesto



en moda la misantropía, el escepticismo, las pasiones inmotivadas é incontrastables; él ha tratado de engrandecer el crimen, de embellecer el vicio, y hasta de justificarlo. Sobre la honrada vulgaridad de la vida, ha elevado todas las aberraciones del corazón, todos los atrevimientos de la mente. Comenzó por pintarnos, con vivísimos colores la espiritual Corina, el atormentado René, el apasionadísimo Saint-Prioux, el tétrico Manfredo, el desventurado Werther, el idealista Rafael, el repugnante Cuasimodo, personajes todos excepcionales, agitados por las convulsiones de una fiebre devoradora, víctimas de su anormal y especialísimo carácter, pero dotados, preciso es reconocerlo, de cierta grandiosidad, que los enaltecía, de sublimes cualidades, que se aliaban tal vez por estraña manera á sus flaquezas, para producir el original efecto de la buscada novedad.

Ese Romanticismo idealista ha ido decayendo y pervirtiéndose: rozaba el lodo con las puntas de sus alas, pero tenía empuje vigoroso para remontarse al cielo y cernerse, por lo ménos, entre sus encumbradas nebulosidades. Después, su afán de abrir nuevos rumbos, de estremar sus audacias, le lanzó al fango de cabeza, y en su podrido fermento formó todos esos tipos repulsivos para el alma honrada que comienzan en la *Dama de las Camelias* y concluyen en la *Muger de fuego*. Mal digo concluyen: ¿quién sabe dónde irá á concluir la pintura atrevida de la corrupcion humana?

Y aquí encontramos la union, que parece estraña; pero que es muy natural, de dos tendencias contradictorias á primera vista: el Romanticismo, de que acabo de hablaros, y el Realismo, que ántes mencioné tambien.

Es realista el arte que atiende más bien á la reproduccion exacta del *natural*, que á la espresion de las bellezas ideales concebidas por la mente; y he de decir de esta tendencia lo mismo que del Romanticismo; alguna justificacion tiene, y á no ser así no hubiera adquirido tan gran voga. Cuando el arte olvida la naturaleza, cuando se somete á caprichos de escuela y se subordina á modelos determina-

dos, incurre en un gran defecto, el *amaneramiento*. Fáltale entónces vigor y vida, porque le falta verdad. Por una reaccion legítima vuelve á reivindicar sus fueros, el natural: *chassez le naturel, il revient au galop*. Pero esta reaccion es estremada y viciosa, si no alla en las debidas proporciones los dos preciosos elementos del arte: lo real y lo ideal. Si desdeña la parte superior y divina de la concepcion de la belleza, la que se eleva de los fenómenos contingentes al arquetipo supremo, entónces el artista reniega de sus fines más altos, y al copiar con minuciosa exactitud la naturaleza, corre peligro de sacrificar el fondo á la forma, y de caer primero en lo trivial, para dar luego quizás en lo grosero, que supone ennoblecido por el atrevimiento y la novedad de la factura.

Hay en la crítica moderna una frase que esplica la perversion producida por esa tendencia: ante una obra de arte, el sano criterio, el recto juicio exclamó siempre: *es bella ó no es bella*. Ahora, los que se precian de conocedores no dicen eso: al ver un cuadro ó una estatua, al escuchar una poesía, al asistir á un drama, esclaman con pretenciosa intencion: *está bien hecho ó no está bien hecho*. Es decir, se prescinde del fondo, de la idea, de lo sustancial, para juzgar únicamente del procedimiento y del efecto producido.

En este fin, *producir efecto*, vienen á coincidir, cuando se estremam y estravían, la escuela romántica y la realista, llegando por diversos caminos á un comun resultado: algunos críticos, buscando la palabra propia, aunque algo bárbara, han llamado *efectismo ó impresionalismo* á este vicio del arte y la literatura contemporáneos.

El efecto, la impresion es, en verdad, lo que busca el pintor del género *franco*, que con la energía del brochazo oculta la falta del exacto dibujo y del adecuado pensamiento; eso es lo que persigue el músico *del porvenir* que sacrifica la dulce melodía al estrépito y al contraste de su estraña trompetería; eso es lo que anhelan el poeta que envuelve en los artificios de la anti-tésis y le paradoja la vacuidad de la idea; y el autor dramático que amontona escenas espeluznantes y situaciones imposibles, ó rebaja la

comedia á las desvergüenzas de la parodia; y el actor que copia la agonía convulsiva del moribundo; y el novelista procaz que no retrocede ante la pintura descarnada de lo más horrible, ni de lo más bajo y nauseabundo. Y—¡cosa notable!—, los autores que presumen de realistas, los que, dejando aparte *lo que debe ser*, tratan de pintar las cosas *como son*, esos, precisamente, exageran y desfiguran más que nadie la naturaleza, la vida, la sociedad, el alma humana. El ideal, considerado por ellos como vana abstracción, es, despues de todo, la regla más segura, la norma más exacta y universal para el artista y el escritor. Desde el momento que, apartando los ojos de él, los fija exclusivamente en la realidad contingente y circunstancial, se extravía su criterio hasta el punto de darnos, como expresión exacta de la verdad, la copia caprichosa de todas las aberraciones de la naturaleza ó de su propio espíritu.

La salvacion del arte y de la literatura está, pues, en la exaltacion del alma hácia los eternos ideales de la humanidad: *sursum corda*, debe ser el grito del artista y del poeta, y su código eterno las sublimes palabras de Platon. «El artista que, con los ojos fijos en el Sér inmutable y buscando en él su modelo, reproduce la idea y la virtud, hará obras de acabada belleza, miéntras aquel que solo fija la mirada en lo que pasa, jamás, valiéndose de ese modelo perecedero, hará nada bello.»

Pero ¿qué ideal es ese, en que debemos inspirarnos? Cuando la duda anubla al espíritu humano, cuando la fé, la moral, la ciencia, todo vacila y todo está en litigio, ¿le será dado al que busca la Belleza general y eterna encontrar en la mente su indubitable modelo? ¿Está ya, acaso, averiguado cuál es el fin y cuál la ley del arte?

Magnas cuestiones son estas, y ni mis fuerzas bastarían para dilucidarlas, ni puedo ya abusar de vuestra cansada atencion. ¿Cómo pasar por alto, sin embargo, una contienda recientemente debatida en las más autorizadas Academias y círculos literarios? Las banderas del *arte por el arte* y del arte subordinado á la idea moral, han apasionado los ánimos y dividido á eminentes escritores, que en el ardor

de la pelea han estremado quizás sus encontradas opiniones, dificultando una inteligencia, que no me parece difícil, examinada con calma la cuestion.

Pretenden los partidarios del *arte por el arte* que el fin de este es la espresion de la belleza, y que para conseguirla no ha de tomarse en cuenta más que la misma belleza, prescindiendo de leyes morales, que pertenecen á otro órden de ideas. Desde el punto en que el arte busca un fin moral, paréceles á los secuaces de esta escuela que pierde su libertad, que se fuerza y tuerce su naturaleza, y solo engendra obras bastardas y mezquinas.

Hay algo, y aun mucho de verdad, en esta máxima estética: la belleza es, en efecto, el fin del arte; la pura y desinteresada aspiracion á la Belleza, es la obra del artista. La esfera del arte es, pues, distinta de la esfera moral; el artista, el poeta proceden de distinta manera, con diversos elementos, que el filósofo y el moralista: así como estos persiguen la Verdad y la Bondad, él se preocupa únicamente de un concepto diferente, la Beldad.

Pero yerran, á mi parecer, los defensores del *arte por el arte*, cuando forzando las consecuencias de un principio verdadero, juzgan que esos tres supremos conceptos, no solo son distintos, sino independientes y separados unos de otros. Para la filosofía espiritualista atributos son todos ellos de la Divinidad y tienen por lo tanto el íntimo y misterioso enlace del Sér que en su sustancia los reune. En el espíritu humano no pueden estar tampoco enteramente separados. ¿No hemos dicho ántes, recordando la frase de Boileau que solo *lo verdadero* puede ser bello? La Verdad es, no obstante, distinta de la Belleza; pero son condiciones que concurren á un mismo fin ulterior, que se ausilian y completan: la creacion más fantástica del poeta, el cuadro más caprichoso del pintor, han de tener, sino la exactitud servil de la copia, la Verdad fundamental de las relaciones entre los objetos que entran en ellos. Pues lo mismo he de decir de la idea del Bien: distinta es de la Belleza, pero no puede esta contrariarla sin perder su eficacia, sin destruirse y anularse. Hacer el Arte instrumento secundario

y servil de la Moral, es desconocer su propio valor y su genuino carácter; proclamarlo independiente de ella, es romper el lazo que une y encamina en superior direccion todas las facultades de nuestro espíritu.

Esta asociacion de la Verdad, el Bien y la Belleza, no como conveniencia social impuesta al artista para fines objetivos y exteriores, sino como condicion de su propio espíritu, ha de ser la salvacion del arte en nuestros turbulentos días. Falta la autoridad que en todos los órdenes intelectuales dictaba la ley en otros tiempos, y el que siente en su espíritu la llama creadora, ha de inspirarse en su propia conciencia. Afortunadamente, por perturbadas y confundidas que estén hoy las ideas, en la conciencia humana hay principios eternos que iluminan siempre todo el campo de nuestra actividad.

Lamartine, que no desconfiaba del porvenir de la poesía, ha dicho que esta habría de ser en lo sucesivo *la razon cantada*, y otros insignes autores han querido tambien que la poesía y el arte fuesen como la revelacion profética de las verdades que trabajosamente descubre la humana mente. Yo, sin negar á la razon su parte en las creaciones de la Belleza, he de poner á su lado, como fuente inagotable de poesía en todas las épocas, lo mismo en el porvenir que en el pasado, el sentimiento. El corazon es el que hace á los poetas y á los artistas; el corazon, seguro revelador de los destinos humanos, es el que aquilatará ó rectificará siempre las inspiraciones de la razon, muchas veces deslumbrada.

Un valiente escritor de nuestros días, honra y regocijo de las letras españolas, rompiendo lanzas con el escepticismo, el positivismo y el realismo, vicios filosóficos, morales ó estéticos, que se enlazan y combinan, ha proclamado al alma su Dulcinea; yo, sin tener su autoridad, os pido igualmente que eleveis los ojos castos y el corazon limpio á la ideal Hermosura, si quereis remontar el arte y la poesía á las cimas de la inspiracion inmortal. En ellas vereis unidos por esos estrechos lazos de que ántes os hablaba, la Verdad, el Bien y la Belleza, y encontrareis

los elementos de la creacion artistica, que es como revelacion divina.

Voy á concluir, y para ello me dá palabras tan oportunas como elevadas uno de los s3cios m3s queridos del Ateneo, cuya ausencia no olvidari3mos nunca, aunque su im3gen amiga no honrase estos muros. Protestando ese insigne poeta contra las tendencias realistas del arte contempor3neo, ha escrito estas inspiradas m3ximas, dirigidas á un pintor, pero aplicables al arte y la literatura en general:

La l3nea vaga, cambiante, incierta  
 De la naturaleza, con segura  
 Mano no basta aprisionar y pura  
 Trazarla y fiel sobre la tabla muerta;  
 No basta con precisa  
 Tinta acusar la luz, y la indecisa  
 Sombra, y en cada objeto  
 Descubrir el secreto  
 Del haz de rayos que en su tono entra.  
 Matices, luz, colores,  
 Sombras y resplandores,  
 Todo el ten3z art3fice lo encuentra.  
 Pero el arte es crear. La exacta copia,  
 Que el mundo externo p3lida remeda,  
 Trabajo est3ril es, si en 3l no queda  
 Algo viviente de nuestra alma propia.  
 Lo que al artista encumbra  
 Es su poder para arrancar del cielo  
 Algo del rayo que lo eterno alumbra;  
 Es que del hondo anhelo  
 Que un ancho surco en nuestra frente labra,  
 Y del que agita el mundo  
 Misterio 3rduo y profundo,  
 3l sabe acaso la 3nica palabra.  
 De la matriz de las humanas cosas,  
 Que adulter3 el Averno,  
 3l, aunque envuelto en sombras nebulosas,

Guarda el modelo eterno.  
 Cada objeto del mundo es una letra  
 Que el vulgo no adivina;  
 Pero él las junta todas y penetra  
 La leyenda divina.

Esa *leyenda divina*, eterna aspiración del alma humana, es la soberana belleza, no engendrada ni perecedera, de que nos habla Platon. ¡Dichosos los que podáis contemplarla, y reflejar en vuestras obras sus inmortales resplandores!—HE DICHO.

## REVISTA TEATRAL.

---

El MUSEO BALEAR, debe á su vez ocuparse de este asunto, pero adecuando la reseña conforme á su índole corresponde: no descenderá á detalles apreciativos referentes á las cualidades especiales de los artistas, ni al mérito de las producciones puestas en escena: primero, no porque tengamos reparo alguno en estampar y suscribir nuestra opinion, sino porque no nos consideramos con bastante conocimiento especial para formularla, evitando de este modo que á pesar de las más sinceras protestas, pudiera considerarse pretenciosa: segundo, porque en otros periódicos de la localidad, se han publicado ya, con acierto, esas reseñas: y tercero, porque creemos, que en las páginas del MUSEO BALEAR, ha de publicarse una revista teatral, de género distinto.

Entraremos pues en ese otro terreno, no más fácil, pero sí más propio: la reseña será, vaga en su forma, pero, muy concreta en su fondo. Arrancando de consideraciones generales, vendremos á parar á las circunstancias del momento, y en el corto espacio de que por hoy podemos disponer, nos permitiremos las indicaciones que conceptuamos convenientes para recurrir á los medios de que aun puede disponerse, al objeto de conjurar y evitar una terminacion cuya consecuencia podría ser transcendental y sensible.

Los verdaderos amantes del arte, y los amigos sinceros, están obligados á decir la verdad sin miramiento de ningun género: aplaudiremos lo que nos parezca digno de aplauso, censuraremos lo que á nuestro entender sea conveniente censurar. Si no se agradecen nuestras indicaciones, al ménos ténganse en cuenta, y conózcanse en ellas en toda su pureza los elevados móviles que las aconsejan. El *arte*, en lo que vale y puede valer, ya como espresion de



un sentimiento conocido del público que al teatro asiste, ya como un medio de educacion y cultura, á beneficio de la sociedad que lo cultiva, ya como, noble, legítimo y agradable entretenimiento. El *público*, en lo que se merece por su correspondencia á los esfuerzos de la empresa complaciéndole, como cual conviene que sea su comportamiento en vez de una empresa á cuyos desvelos y sacrificios debe corresponder, de un modo digno, sin pasion, y en justicia. El interés de la *Empresa* en terminar con acierto lo que empezó con buenos auspicios, y que circunstancias especiales tal vez han desviado de su propósito.

Sobre esas tres ideas fundamentales basaremos nuestro trabajo, mezclándolas y revolviéndolas conforme convenga á la ilacion de las que se nos ocurran en la redaccion de este corto trabajo.

Que la general opinion del público palmesano, se ha pronunciado ostensiblemente á favor de la ópera italiana es cosa fuera de toda duda. Y que en nuestro teatro son de difícil éxito distintos géneros de espectáculos no hay para que esforzarse en demostrarlo, porque la historia de sus últimos años así lo evidencia. Este público conoce lo bueno; difícilmente admite lo regular; y rechaza por completo lo malo. La formacion de una compañía dramática española, es de casi absoluta imposibilidad, porque los escasos actores de mérito apénas son suficientes para los teatros de la córte. La zarzuela, sobre ser á mas de lo peor, es tan excesivamente costosa, como que con un poco de mayor coste puede obtenerse una compañía de canto italiana. La actual empresa, que otros eran sus proyectos, al conocer ese general deseo, y al comparar los presupuestos de compañías, se decidió por la de ópera italiana. Y acertada anduvo en su decision.

Las primeras noticias llegaron envueltas en una atmósfera algo recargada de encomios y alabanzas, los experimentados y escamados, las recibieron con la reserva natural á su escarmiento: pero á pesar de ello, el público, ávido de música, admitió el estreno de la compañía con el *Trovador*, dispensando á la direccion de la empresa aquel primer

desacierto: y juzgó no solo benévolamente al personal de la compañía, sino, sino muy aceptable y digno. Tuvo en cuenta lo adelantado de la estación, los esfuerzos de la empresa, y las dificultades con que había de luchar, después de transcurridos muchos años sin el espectáculo de ópera italiana. El público demostró su satisfacción acudiendo al teatro y aumentando diariamente el abono. Y el teatro, ántes sin concurrencia, desanimado y casi desierto, lo vemos hoy con especial complacencia de todos, concurridísimo. ¿Ha faltado la empresa á sus ofrecimientos con respecto al mérito de los artistas? de ningun modo; porque á pesar de lo dicho, la actual empresa ha sido parca en ofrecimientos, ajustando más y mejor de lo que ofreció, y de lo que podía esperarse, pues si bien algunos no han sido aceptados al igual de los demás, téngase presente que no era posible, por razones que no debemos explicar á causa de lo sobradamente conocidas.

La empresa debe tener muy en cuenta lo delicado que es ese difícil órden en la dirección de los espectáculos: que rumbo ha de seguir por el borrascoso mar de las dificultades, y con cuanta maña debe evitar el choque contra los escollos de que está sembrado. Cuando se carece de ese tacto práctico, es necesario asesorarse bien, y fiar en el consejo que pueda conducir al mejor éxito, aplicándose aquel pensamiento profundo que «la ciencia de buen gobierno, estriba, además del recto buen deseo, en la acertada elección de inteligentes y buenos consejeros.» Y que la empresa, involuntariamente, ha cometido equivocaciones y desaciertos, es cosa también fuera de toda duda. Ella los paga, y el público los sufre, sensibles ambas cosas. Y más sensible, cuando en la empresa se ve, campeando en primera línea, el vehemente deseo de satisfacer al público, en grado tal como que hasta el presente no se tiene memoria de cosa semejante. Apenas ha visto cierta duda de si tal artista podría interpretar dignamente tal ó cual ópera de las que se proponía poner en escena, ha practicado eficaces gestiones para ajustar al que podía convenirle, y lo ha verificado, á gran coste. Y sin embargo ¿y qué tenemos

todavía de ese sacrificio? la triste verdad es esa; algunas decenas pasadas, y algunas óperas vistas, conocidas, y de vulgar repertorio gastadas, sin haberse salvado dignamente más que tres de ellas, habiendo sacrificado en las demás á apreciables cantantes que se esmeraban en complacer, y ponían de su parte el mayor esfuerzo para evitar un naufragio artístico. Esa culpa no puede achacarla la empresa más que á sí misma.

«La empresa es necesario que varíe de rumbo,» decía un amigo nuestro como final de su revista. Y nosotros sobre tal exactitud añadimos que esa necesidad se ha hecho perentoria. Su retardo exaspera, si cabe tal palabra, porque conociendo ese buen deseo y ese esfuerzo, la general creencia se afirma en considerar, como efectivamente así ha de ser, involuntaria la equivocada marcha que se sigue: y esto produce el descontento que equivocadamente se traduce por exigencia.

Esto de una parte, y de otra cierta dureza en el público, ha formado una cerrazón de atmósfera, preludio de tempestuosas explosiones. Y no podrán negar que su rigor es excesivo. Y no podrán negar que la actual empresa ha presentado un conjunto de compañía cual ofreció, y con la que los aficionados al arte de la música pueden pasar deliciosamente agradables noches como descanso á sus ocupaciones, lenitivo á sus disgustos, y dulce trégua en las penurias de su vida. Al convenir en esto no podrán dejar de comprender que si la crítica, según las circunstancias y condiciones del arte, puede verificarse de dos distintos modos, ya fijándose en sus bellezas, ya fijándose en sus defectos, en el caso presente, ¿á cuál debe inclinarse el público? Aun cuando en cierto modo pudiese ser fundada ó excusable esa dureza, cosa que no és, habiendo ya demostrado su rigor, no solo por galantería, sino por egoismo debiera dejar de seguir cometiendo semejante inconveniencia.

¿Está el público justo en ese terreno? nó: el público está exagerado en su tirantez, y demasiado duro en su impasibilidad cuando en muchas ocasiones deja de aplaudir, frases y cantos dignos de espontáneas demostraciones de

aplauso. Personas competentísimas y de respetable voto, lo han emitido muy favorable al mérito de los artistas de esta compañía, y de la orquesta, que como es sabido, de una desorganización completa ha sido necesario organizarla en pocos días, y casi con falta de elementos indispensables, y no puede desconocerse que la organización de una orquesta no se realiza en poco tiempo, ni durante una temporada. La enseñanza y educación artística necesita tiempo, esfuerzo y constancia. Llevar hasta el exceso el rigorismo de la censura, aturdir digámoslo así á los artistas, desconcertar el comun esfuerzo de todos, con el crónico ceceo, siempre, casi en todo, y para todo, es cosa que merece el verdadero rigor de la censura. Sabemos bien, y conocemos sin necesidad de apuntadores, como primeros nuestros propios defectos, y los de los demás: sabemos sin necesidad que se nos observe cada noche, si aquel es descuidado en escena, si este tiene la voz un poco *engolada*, si á ese se le sube á la cabeza, si las facultades de aquella son de poco recurso, si los distintos registros de la otra, si la dureza de la fulana... ¡y quién lo duda! concedamos si se quiere algo de eso, y si así no fuera ¿hubieran venido á Palma, cuyo refinado gusto y cuya inteligencia pública no corre parejas con los recursos de que puede disponerse? ¿Y esos descontentadizos inteligentes tan acostumbrados están á la buena y selecta música, á la correcta interpretación de ella, que no pueden admitir ni como regular lo que tenemos, en proporción al precio de lo que les cuesta, escesivamente reducido? Esas inteligencias refinadas, capitaneando grupos, ¿habrán oído muchas veces en repetidas temporadas á los cantantes de primer orden? Han sido muchas las compañías de ópera italiana, mejores que ésta, las que han actuado en nuestro teatro? ¿No han oído, y pueden oír cada noche, ajustados acompañamientos, delicados cantos, y frases perfectamente dichas? no podrán negarlo. Nosotros por nuestra parte podemos asegurar que á pesar de tan decidida afición al arte no hemos podido saborear muchas veces la delicia de ese placer, del que parecen como hartos esos descontentadizos críticos. Nadie pone en duda su espedito

derecho al emitir su modo de pensar, y sus demostraciones de aprobacion ó censura. Pero si eso parece de ninguna consecuencia á primera vista, es de suma transcendencia en su resultado. La crítica severa puede ser saludable, la sistemática, la infundada, no es propia ni de sociedad culta, ni de público medianamente educado.

Empezamos por decir que la empresa no sigue buen rumbo. Dispone de una compañía cuyo valor intrínseco, por ejemplo, es 30, y la sacrifica presentándola como de 10, cuando podía presentarla haciéndola aparecer como 60. La empresa comete un continuo desacierto gastando óperas que había de tener como en repertorio de reserva. La empresa había de poner especial cuidado, en llamar á cierto público que en el teatro algo mejor estaría que en otras partes. La empresa no se ofenderá de esas indicaciones, que si algún interés tienen, es el interés comun á beneficio del arte, del público, y de su mayor ganancia: y pensará en remover esos obstáculos sean cuales sean, y seguirá el nuevo rumbo que su interés le aconseje, sin necesidad de grandes sacrificios, pues los mayores estan hechos. Cuéntase con un crecido abono, procúrese aumentarlo; y fácil es cuando durante la primera decena el público acude: lo difícil, es que acuda al teatro á mediados de la temporada.

El público sensato, ¿y quién no ha de querer pertenecer á él? comprenderá, que no todo se paga con dinero y cuando tan escaso es el que gasta para el sostenimiento de esa compañía, con algo que no sea dinero debe alentar á la empresa, y animar á los artistas; negarles un bravo, un aplauso, cuando cantan bien ó interpretan la intencion de una frase, es matar la esencia del arte: es hacer imposible nueva empresa: es además de indigno, de triste consecuencia para el porvenir.

Si lo contrario sucediese, podría facilitarse el mejoramiento de lo presente, y ofrecer auspicios más seguros para el porvenir.

¿Habrá preconcebida idea contra la actual empresa? Lo ignoramos, y no queremos suponerlo. Cambien entrambos su sistema, y el resultado será distinto.

Nada nos liga, ni con unos, ni con otros: esta es sencillamente nuestra opinion que emitimos con el deseo de evitar un resultado fatal. Y la emitimos con sinceridad y franqueza, responsables de nuestro propio criterio, en el que nos guia una recta intencion.

JUAN O-NEILLE.

## A ISABEL.

## ROMANCE.

Cansado de abrir correos  
Sin encontrar letra tuya,  
Vengo, Isabel, á quejarme  
De tu criminal conducta.

Y para ver si mis quejas  
Son más punzantes y agudas  
Y te llegan hasta el alma  
Y de tu pereza triunfan,

Deja que en verso las suelte  
Si es que mi rebelde pluma  
Como *hembra* que es, no me niega  
Cual muchas otras su ayuda.

Que me hacen falta tus letras  
Lo comprenderás si juzgas  
Que las pocas que aquí veo  
Ni me sirven ni me gustan.

Solo las letras de cambio  
Entre estas gentes se usan,  
Y no hay más hombre de letras  
Que el que las pinta en las cubas.

Las letras matrimoniales  
Andan escasas ú ocultas,  
Que aunque muchos tienen novia  
Todos suelen huir del cura.

Son letra muerta las gracias  
De estas lindas andaluzas  
Para el que, cual yo, ya es gallo  
Que va perdiendo las plumas.

Siguen al pié de la letra  
Las mozas de estas llanuras

Lo de no dar miel á bocas  
De asniles cabalgaduras.

Y tan rebeldes y hostiles  
Me son las letras, en suma,  
Que para que no las vea  
Y sea mayor mi fúria,

No hay en toda la ciudad  
Ni letrado que me arguya,  
Ni letrero que me guie...  
Ni letrina en donde me hunda!

Ya ves pues si estaré hambriento  
De letras, que, como tuyas,  
En mi destierro me fueran  
Más agradables que nunca.

Para obligarte á trazarlas  
Desempolvé mi bandurria,  
Y echar una cana al aire  
Quiso hoy mi ramplona musa.

Con ello, si no ha de serte  
Mi serenata importuna,  
Sabrás la vida que llevo  
En la tierra de las uvas.

Sin vocacion de ermitaño  
Es mi vida tan insulsa,  
Que sin variarla pudiera  
Meterme en una cartuja.

Huyendo de tentaciones  
Vivo en prosaica coyunda  
Con un vestiglo con faldas  
Escapado de Sanlúcar,

En donde es fama que un día  
Se alborotaron las turbas  
Y la sacaron del pueblo  
Por fea, gruñona y bruja.

Comparten conmigo el cuarto  
Coros de celeste música,  
Y dan bailes en mi cama  
Comparsas de ninfas mudas;



Pues para que no me queje  
De mi soledad nocturna,  
Velan mi inocente sueño  
Mosquitos, chinches y pulgas.

Para huir de mi patrona,  
Cuando el sol el día empuja  
Me lanzo por estas calles,  
Y aquí empiezan mis angustias.

Veo rejas con persianas  
Y celosías, que ocultan  
Las chicas atisbadoras  
Cuya faz no veo nunca;

Que á juzgar por el misterio  
Con que esconderse procuran,  
Ó todas van para monjas  
Ó algun turco las educa.

En vano la vista intenta  
Sorprender la estancia oscura  
Que protege el irritante  
Espionage en que se ocupan:

Yo no veo más que sombras,  
Y ellas por una hendidura  
Practicada en los dinteles  
En forma de media luna,

Me ven, me miran, me observan,  
Y luego entre sí murmuran  
Sobre si es gris mi bigote  
Ó llevo mal la peluca.

Voime más tarde al Casino,  
Y allí es preciso que acuda  
Á intérpretes que me espliquen  
La extraña nomenclatura

De soleras, y partidos,  
Y arrumbadores, y cubas,  
Y venencias, y extractores,  
Y quintos que ¡ay Dios! se ajuman.

Y harto de estarme *per istam*  
Y de morderme las uñas,

Sin entender una jota  
 De cuanto allí se pronuncia,  
 Para dar fuerza al estómago  
 Ó tentado por la gula,  
 Á fuer de buen jerezano  
 Doy conmigo en *Las Columnas*. (1)

¡Las Columnas! ¡Sacro templo  
 Que honrara á las nueve musas;  
 Dulce solaz del gáznate,  
 De Baco morada augusta!

Sitio feliz donde acaso  
 Hizo Noé de las suyas,  
 Delicia de ingleses buches  
 Y harém de españolas turcas.

¡Las Columnas! Las que un día  
 Han de ostentar el *Plus ultra*,  
 Y asombrar, como las de Hércules  
 Á las edades futuras.

Columnas para *Ecce-Homos*  
 Que cañas por cetro empuñan,  
 Con pasteles que envidiaran  
 Los Pilatos y los Júdas.

Allí, léjos del bullicio  
 Del mundo y sus amarguras,  
 En santo recogimiento  
 Que nadie altera ni turba,

Con un *hace-días* (2) frito,  
 Un *langostino*, aceitunas,  
 Un par de *picos de rosca*,  
 Y unas *cañas de una y una*,

Se pasa esta vida á tragos  
 Dando á la garganta enjuta  
 Placer divino de vino  
 Que vino de gloria en busca.

---

(1) Tienda de montañés. (Léase taberna.)

(2) Pescado.

Pero, Isabel, ten en cuenta  
Que las que allí se refugian  
No son gentes tabernarias  
De pipa, navaja y blusa,  
Pues no hay en Jerez tabernas,  
Cosa muy plebeya y sucia,  
Sinó simples *montañeses*,  
Que son de más alta alcurnia.

No se bebe aquí por vicio,  
Sinó por *guasa*, y en suma,  
Lo que la moral condena  
La moda lo disimula.

Por eso el *tomar las once*  
Es propio de gente culta,  
Que hay su buen tono en la crápula  
Y su elegancia en la bulla.

Concluyo, Isabel amiga,  
Y es preciso que concluya  
Pues te receté un romance  
Y estás tomando una purga.

Reparte por ahí memorias,  
Y recuerdos, y aleluyas,  
Pero nó besos ni abrazos,  
Que estos las guarda mi musa

Para cuando plegue al cielo  
Desatar mis ligaduras  
Y sin causarte molestias  
Yo mismo los distribuya.

J. CERDÁ Y OLIVER.

Jerez.—Setiembre de 1877.

## POESÍAS POPULARES

### RECOGIDAS EN ANDALUCÍA.

#### AMOROSAS.

~~~~~

Si olvidarte fuera fácil,  
 Bien te olvidaría yo,  
 Y mi corazón tendría  
 La libertad que perdió.

~~~~~

Cadenitas, cadenas  
 Me tienen preso,  
 Y, no obstante, bendigo  
 Mi cautiverio.

~~~~~

Quítate la ropa negra,  
 Y pónstela de color;  
 No quiero que vistas luto  
 Hasta que me muera yo.

~~~~~

Yo no sabía tu nombre,  
 Y lo pregunté á tu tía,  
 Tu tía me dijo: «Antonia.»  
 ¡Antonia del alma mía!

~~~~~

Si yo supiera que el sol  
 Ofendiera tu belleza,  
 Con el sol me peleara  
 Con toda mi fortaleza (\*).

---

(\*) Fernan Caballero la pone así:

Si supiera ó entendiera  
 Que el sol que sale te ofende,  
 Con el sol me peleara,  
 Aunque el sol me diera muerte.

Por alto que sea el tronco,  
Á la rama subiré;  
Por quererte, prenda mía,  
Padre y madre dejaré.

Dame una sepulturita  
En un pequeñito cuadro;  
Le basta á mi corazon  
Tu corazoncito amado.

Ese cuerpo y ese talle  
Y esa delgada cintura  
Ya me tienen en el borde  
De la triste sepultura.

De tu balcon las persianas  
Cerré ya, porque no éntre,  
Si nace, el rayo azulado  
De la aurora, y te despierte.

¡Ojos de color de cielo,  
Azules como los míos!...  
No pierdas las esperanzas,  
Que yo no las he perdido.

Cuando dos corazones  
Se están ardiendo,  
Las campanas del alma  
Tocan á fuego.

No te tardes en venir,  
¡Amante mío amoroso!  
Que la enfermedad que tengo,  
No la puede curar otro.

Marinerito es mi padre,  
Marinerito es mi abuelo,  
Marinerito ha de ser  
El que me ha de dar consuelo.

Ya sé que te llamas Pepe,  
 El nombre de San José,  
 ¡Ay! ¡qué nombre tan hermoso,  
 Cuando yo te llamaré!

Aunque me voy, no me voy,  
 Aunque me voy, no me ausento;  
 Aunque me voy de palabra,  
 No me voy de pensamiento.

Con ese sombrero blanco  
 Me pareces un ladrón;  
 Aunque no robes á nadie,  
 Robas á mi corazón.

Primero faltará el vino  
 Para la misa de Roma,  
 Que no te faltará á ti  
 El amante que te adora.

Tente firme, corazón,  
 Y no me seas cobarde,  
 Que en todas las ocasiones  
 La primera es la que vale.

Aquellos que no han sentido  
 Las fatigas del amor,  
 Es porque no te conocen  
 Como te conozco yo.

Estaba encima de popa  
 Encendiendo mi cigarro;  
 Pensando en ti, dueño mío,  
 Se me cayó de la mano.

Miraba la enredadera  
 Que tienes en tu balcon;  
 Cada vez que paso y miro,  
 Se enreda mi corazón.

(Se continuará.)

## MISCELÁNEA.

Hemos tenido el gusto de ver una nueva edición del *Tratado de la Tribulación* del P. Pedro de Rivadeneira, que honra la imprenta de D. Manuel Tello establecida en Madrid. Hacemos mención de este libro por haberse publicado ahora precedido de un prólogo escrito por nuestro paisano el P. Miguel Mir de la compañía de Jesus y adornado con un hermoso retrato en acero, debido al acreditado buril de otro paisano nuestro el Sr. Maura. Recomendamos por tanto la mencionada obra á las personas piadosas y á todos los aficionados á reunir buenos libros.

Hem vist lo Calendari catalá de 1878 del infatigable Mestre En Pelay Briz. Abans de llegirlo, ja n' s plau veurer aplegadas en ell, composicions valencianes y mallorquinas ab las catalanas. Nosaltres que sempre hem desitjat la mes carinyosa germandat entre aqueixas terras, doném la enhorabona al Sr. Briz, per la inclinació que mostra á fugir del exclusivisme capdal inimich de tot avens en las llettras, y en tot llinatge de sabiesa. Bé sab lo col-lector del Calendari, que ni Valencia ni Mallorca tenen manco amor á la llengua, á las tradicions históricas y literarias comuns, que Catalunya, y que sos noms sempre dehuen agermannarse deixat á recó las menudas diversitats de son parlar y escriurer, ja que tan semblantas son en lo pensar y sentir. Que discepten las escolas; mes que la patria de tots, se fassa avant.

Un folleto erudito de D. Víctor Balaguer fragmento de una obra que promete ser notable, nos ha llegado con el

título de *La poesía provenzal en Castilla y en Leon*. Aplaudimos no solo la eleccion de datos y los estudios que contiene, si no principalmente su propósito de dar á conocer y acreditar en Castilla la malaventurada literatura catalana que por ser *de provincia* apénas es allí admitida ni aun con el título de *provenzal*. Confiamos que al fin confesarán los buenos críticos de la coronada villa la hermosura de nuestra Dulcinea. No se canse el Sr. Balaguer.

\* \* \*

Hemos recibido un ejemplar del *Almanaque de los amigos de Pio IX, para 1878*, publicado en Barcelona por la *Revista popular*.

Lo forma un tomito de elegante forma y bien impreso, conteniendo intercaladas en el Santoral una infinidad de poesías, consejos, amonestaciones, documentos y anécdotas morales. Noble y digna de aplauso es la mision de sus redactores puesto que proporcionan á las familias católicas un almanaque recreativo que, á diferencia de otros muchos, puede ponerse en manos de la juventud, con seguridad de ilustrarla.

Agradecemos el obsequio, y recomendamos dicho libro á nuestros suscritores.

\* \* \*

Hemos recibido los números 3 y 4, correspondientes al 15 y 30 de noviembre último, de la importante *Revista Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento*. No podemos ménos de recomendar con toda eficacia á nuestros lectores y á todos los amantes de la prosperidad nacional una publicacion tan notable, dirigida á procurar por todos los medios que la ciencia y la práctica aconsejan, el desarrollo de nuestra agricultura, principal fuente de toda riqueza pública. Ojalá que *La Gaceta Agrícola* logre el noble y laudable fin que se propone, y que, merced á sus esfuerzos éntre nuestra agricultura en un período cierto de mejoramiento y adelanto!